

SI MARK FISHER FUERA ARGENTINO... DESEO, RUPTURA Y PASIONES QUE QUEMAN

If Mark Fisher Were Argentinian...
Desire, Rupture, and Passions That Burn

Emiliano Exposto

Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires (UBA) / CONICET
<https://orcid.org/0009-0007-4687-9283>

Santiago Stavale

Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la
Universidad Nacional de La Plata (UNLP)
<https://orcid.org/0000-0001-9038-3815>

RESUMEN

Una lectura sudaca de Mark Fisher necesita reubicar las preguntas y conceptos formulados por el inglés en la historicidad de nuestras luchas, tradiciones intelectuales y desafíos concretos. Mas aún si lo que se busca es una lectura militante de *K-punk* capaz de sostener, con el mismo gesto, una reflexión situada en la ambivalencia de nuestras vidas y una radicalidad anticapitalista a nivel estratégico. En este texto nos sumergimos en esa difícil tarea de recorrer los matices entre el pensamiento fisheriano y la historia política argentina. En este sentido, proponemos nueve apuntes de discusión cuyas hipótesis revisan las tensiones entre realismo capitalista y guerra, democracia postdictatorial y derrota, interrupción y construcción de alternativas, contracultura e izquierda revolucionaria, resentimiento y nuevas derechas, politización del malestar y malestares en las prácticas de politización, deseo y ruptura.

Palabras claves: Mark Fisher, guerra, malestar, deseo, ruptura

ABSTRACT

A South American reading of Mark Fisher needs to relocate the questions and concepts formulated by English into the historicity of our struggles, intellectual traditions, and concrete challenges. Even more so if what is

sought is a militant reading of K-punk capable of sustaining, with the same gesture, a reflection located in the ambivalence of our lives and an anti-capitalist radicality at a strategic level. In this text we immerse ourselves in that difficult task of exploring the nuances between Fisherian thought and Argentine political history. In this sense, we propose nine discussion notes whose hypotheses review the tensions between capitalist realism and war, post-dictatorial democracy and defeat, interruption and construction of alternatives, counterculture and revolutionary left, resentment and new rights, politicization of unrest and discomfort in the practices of politicization, desire and rupture.

Keywords: Mark Fisher, war, discomfort, desire, breaking off

1. EL NACIMIENTO DEL REALISMO CAPITALISTA¹

A mediados de 2016 se publicó *Realismo capitalista: ¿no hay alternativas?* de Mark Fisher, en Argentina. Corría el primer año del gobierno de Mauricio Macri y era muy difícil inventarnos estrategias vitales para atravesar la impotencia y el miedo, la frustración y la bronca frente a la crueldad. En poco más de 200 páginas Fisher condensaba una fibra sensible de nuestra época. El revés de una trama secreta: la depresión política de las fuerzas anticapitalistas podía ser pensada como el reverso sombrío de la exasperante revolución neoliberal de la alegría. Si el libro fue tan leído en aquellos años tal vez se deba a que el macrismo reactualizaba los fantasmas que todavía asedian a la “democracia de la derrota” (Rozitchner, 2011, p. 25). Los espectros del terror dictatorial en nuestros cuerpos, vínculos e imaginarios colectivos.

El macrismo, en tanto programa despiadado de las clases dominantes, permitía percibir a contrapelo la historicidad brutal del “pacto democrático”. Debajo de la presunta paz institucional late una violencia feroz: la guerra es el inconsciente de una sociedad para la cual “no hay alternativas” a la vida del capital. El realismo capitalista no es sólo una ideo-

1 Este texto es fruto de las discusiones fisherianas en el colectivo Fantasmas del futuro.

logía, un sistema de creencias o una estructura de sentimientos signada por la incertidumbre, la cancelación del futuro, la solidaridad negativa y la competencia desesperada. El realismo capitalista es un régimen político que nació chorreando lodo y sangre de la cabeza hasta los pies: la dictadura, los desaparecidos y el terrorismo de Estado contra la lucha revolucionaria son la condición histórica de posibilidad del realismo capitalista en nuestro país.

No hay realismo capitalista sin derrota político-militar de la revolución.

2. LA GUERRA ESTÁ EN TODAS PARTES

Deseo postcapitalista, el último libro de Fisher, fue publicado en 2024 a meses del ascenso de Javier Milei a la presidencia de la Nación. La victoria de la ultraderecha patentiza que en Argentina el realismo capitalista es la continuación de la guerra por otros medios: no nació de la captura de un deseo, sino de la derrota de una guerra. No fue instalado en nuestro país de una vez y para siempre con el golpe de Estado de 1976. Al contrario, la violencia histórica del origen se actualiza ante cada coyuntura de crisis e intento de recomposición de nuestras fuerzas. Es la aureola imaginaria que encubre las continuidades subterráneas entre dictadura y democracia, entre guerra y tregua, entre militarización de los territorios y derechos. Continuidades inaceptables, inscriptas en las cosas mismas. Cifradas en la concentración de la propiedad privada, la crueldad sobre las vidas precarias, la represión física de las resistencias, el endeudamiento, el aplastamiento de las expectativas populares y la indolencia hipócrita del progresismo. El llamado realismo capitalista es un realismo contra-revolucionario, propiamente anti-insurgente.

Los traumas no son lo único que deja la guerra. Gramsci dice que el último momento (e inmediatamente decisivo) en las relaciones de fuerza es el político-militar (2009, p. 416). Que la derrota se haya dado en ese plano nos habla de que la revolución en estas latitudes fue más que un destello o un sueño. Su potencia quedó latente y hoy es un fantasma insistente e insidioso que el capital intenta sofocar constantemente. El

realismo del capital es tanto más salvaje cuanto mayor es la percepción (real o delirante) de amenaza a la cual responde el poder.

3. REALISMO DEMOCRÁTICO

Hace años sabemos que con la democracia no se come, no se educa y no se cura, pero actuamos como si no lo supiéramos. Peor aún: lo sabemos, pero aun así lo hacemos. Fisher definió el realismo capitalista como la fantasía ideológica del capital: la creencia muy difundida de que es más fácil imaginar el fin del mundo que el fin del capitalismo. Hablamos de una estructura de automatismos infiltrada en nuestros deseos y hábitos cotidianos, en nuestros activismos y militancias. Un virus que afecta nuestras propias estrategias políticas.

Tirando de ese hilo nos preguntamos: ¿es posible imaginar una alternativa al realismo democrático, es decir a la idea generalizada según la cual la democracia de la derrota suele ser el horizonte de nuestras luchas, demandas y reivindicaciones? No se trata de radicalizar la democracia o disputar sus promesas incumplidas. El problema es conectar con la desilusión, el repudio y el fastidio de las mayorías con esta democracia zombi. Reinventar un realismo utópico revolucionario: realista en su percepción cruda de los obstáculos reales que obstruyen el deseo de transformación y utópico debido a sus imaginarios disruptivos y delirantes.

El fracaso de la política postdictatorial, reducida a un hecho comunicacional y jurídico, consagra las desigualdades y las contradicciones insoportables que la democracia aterrorizada ha heredado y es incapaz de cuestionar y revertir. Ante este panorama desolador, las derechas exhiben una paradoja: por un lado, conectan con el hartazgo, el malestar y el rechazo de las mayorías contra el orden humillante que el mismo realismo democrático produce; y por el otro, reproducen una creencia resignada y entrampada, la cual bloquea toda posibilidad de cambio sistémico. Mientras tanto, nosotros quedamos en la posición conformista de defender aquello que no queremos defender. Porque el olvido habita en nuestras políticas de la memoria: si la paz de los vencedores fue la

clave para la instauración del realismo capitalista, es porque la revolución es el olvido fundacional del memorialismo.

Es hora de revertir la amnesia: el llamado “pacto democrático” fue la tregua que sobrevino a la derrota. Una transacción entre fuerzas desiguales y asimétricas. La defensa de una democracia que no es nuestra es una manifestación diáfana de nuestra neurosis de guerra. Lazzarato, en este sentido, nos recuerda que querer la paz sin abolir el capitalismo es un absurdo, puesto que el capital no elimina la guerra, sino que la intensifica (2022, p.19). Perder de vista la dimensión del enfrentamiento es el nervio último de la impotencia reflexiva colectiva en la que estamos inmersos. ¿Qué significa hoy pensar más allá de la democracia? ¿Los puntos ciegos de nuestras prácticas democráticas engendran fascismo? ¿Le estamos regalando la crítica de la democracia a las ultraderechas? Sin recuperar la radicalidad y la disrupción que hoy está en boca de las derechas, no podremos romper con el realismo democrático.

4. INTERRUPCIÓN SIN ALTERNATIVA

Fisher dice que en países como Estados Unidos y el Reino Unido la implementación del realismo capitalista fue mucho más gradual y, además, dulcificada con incentivos y tentaciones (2021, p.125). Allí, la derrota fue garantizada sin la necesidad del terror dictatorial de nuestras geografías. Esa diferencia, que Fisher relativiza haciendo hincapié en el resultado final (al fin y al cabo, aquí y allá fue extirpado “el fantasma de un mundo que puede ser libre”), es crucial para entender el rasgo sudaca de nuestro realismo capitalista: su intermitencia.

En América Latina, la creencia angustiante según la cual no hay alternativas al mundo del capital ha sido interrumpida en ciclos políticos concretos: las luchas desde abajo contra el neoliberalismo en los noventa, el 2001, el “socialismo del siglo XXI”, los feminismos, la revuelta chilena de 2019, etc. Se trata de respiraciones por fuera del clima asfixiante de la mercancía: rebeliones viscerales contra los excesos de infelicidad de la vida neoliberal y, sobre todo, la expresión de un disgusto duradero con

las formas de felicidad que el capital nos propone. Sin embargo, si bien el punto de vista de estas luchas abre ventanas temporales que suspenden la impotencia y nos recuerdan la potencia de nuestros pueblos, no hemos sido capaces de construir una alternativa sexy, viable y duradera al realismo capitalista. Capacidad de veto sin invención de alternativas: ese es el *loop* estratégico en el que estamos metidos.

5. CONTRACULTURA E IZQUIERDA REVOLUCIONARIA

En la introducción inconclusa a *Comunismo ácido* (proyecto demencial que quedó suspendido debido a su muerte), Fisher (2021) nos plantea que uno de los objetivos centrales del neoliberalismo fue erradicar la idea de que es posible construir una vida deseable fuera de los márgenes del capital. Para Fisher una de las claves del éxito de ese proyecto, cuya emergencia ubica en los años 70, estuvo en la fractura entre la contracultura y la izquierda revolucionaria, entre la revolución del deseo y el deseo de la revolución. Los sueños contraculturales de un mundo más allá del trabajo, la transformación abolicionista de la célula familiar cisheteropatriarcal y la revolución psíquica sin precedentes, luego de un brevísimo momento de comunión, se habrían divorciado de la izquierda revolucionaria y la clase trabajadora organizada. Y sobre las ruinas de aquel desencuentro trágico, de aquella alianza fallida, representada por el choque entre la juventud hedónica del posfordismo naciente y la disciplina proletaria de un fordismo saliente, el capitalismo habría re-lanzado su máquina libidinal bajo una nueva tecnología. El mercado prometía satisfacer los deseos de autonomía y las pulsiones libertarias que la izquierda revolucionaria no supo escuchar ni metabolizar.

Desde Argentina estamos obligados a una reelaboración de esta potente lectura fisheriana de la derrota. Es que aquí aquella alianza no fue ni tan fugaz ni tan fallida. Aquí la contracultura nació preñada de ruptura y fue caldo de cultivo para la emergencia del sueño de la revolución y de sus organizaciones. Nueva Izquierda, en este lado del mundo, incluso con sus profundas tensiones y contradicciones, fue la potencia articulada entre contracultura, lucha armada y clasismo, la alianza efectiva entre

“poder sindical y poder del alma”. El movimiento de movimientos que concentró la libido de una generación. Por eso, la fractura entre contracultura e izquierda revolucionaria debe leerse como la herencia de la derrota, no tanto como su causa. La izquierda sin prometeísmo ni atractivo, alejada del deseo y el placer y mutilada de toda sensualidad política; la izquierda embotada en una sensibilidad sepia y conservadora; no tiene nada que ver con aquella que estuvo a las puertas del cielo en nuestros años setenta. Este es más bien el efecto planificado del terrorismo de Estado, su mayor triunfo.

Aquella percepción distorsionada de nuestra historia es una imagen reflejada en el espejo invertido del realismo capitalista y democrático: el efecto de interiorizar en las propias subjetividades y estrategias las categorías del enemigo. No obstante, pese a su éxito tembloroso y a nuestra impotencia endémica, el capitalismo siempre debe volver a re-narrar ese pasado de antagonismos insepultos para sofocar de forma permanente los futuros que quedaron en latencia y aplastar las posibilidades del ahora. El potencial que prometía aquella fusión entre transformación contracultural de la vida y lucha de clases sigue acechando la historia.

En esa línea, Fisher (2024) nos pregunta: ¿Y si el avance del neoliberalismo no fuera la demostración de la inevitabilidad del capitalismo, sino un testamento de la magnitud de la amenaza planteada por los fantasmas de una sociedad que podía ser libre? ¿Cómo volvemos a generar algo parecido a esas condiciones en el momento actual? Fisher, consecuentemente, nos invita a que realicemos un contra-exorcismo de ese espectro, no para reeditar el “ya no más” de los proyectos revolucionarios de antaño, sino para recuperar el “todavía no” de los futuros para los que aquellos nos prepararon: una nueva humanidad, una nueva manera de percibir, de amar, de luchar..., esa es la promesa y la provocación del comunismo ácido. Esta, también, es la pesadilla de nuestros enemigos: el horror del capital y sus parásitos.

6. LA REALIDAD NO ES CAPITALISTA

Fisher considera que la catástrofe ecológica y el asteroide de la salud mental constituyen lo real del realismo capitalista. Nos referimos a una hemorragia libidinal al interior del goce del capital, un vacío traumático que desfonda la fantasía ideológica de la dominación capitalista. Estamos en presencia de límites materiales que tanto el planeta Tierra como también nuestra frágil vida anímica les ponen a los tormentos de la subjetividad y las abstracciones financieras. Pero, en lo esencial, la lucha de clases es lo real reprimido del inconsciente mercantil. El antagonismo irreductible que desgarrar la coincidencia inaceptable entre la realidad y el capitalismo. Y en este lado del mundo, el capital está repleto de lapsus y “fallidos” que traen a las superficies desquiciadas del capital lo real de la crisis y el antagonismo. La dependencia, el carácter periférico del capitalismo, implica la inestabilidad, la crisis: el *glitch* que el realismo capitalista sudaca no puede corregir (ni controlar).

El fascismo del capital, por lo tanto, debe ser combatido desde el punto de vista de aquello que no encaja, desde la perspectiva de lo que no cabe en sus límites, a partir de sus malestares, crisis y síntomas. Nuestra verdad no depende de ninguna información sobre este mundo: nuestra verdad es un desplazamiento, un temblor de las capas tectónicas del deseo-mercado, una anomalía que Fisher llamó “conciencia interseccional de clase”. El comunismo ácido es un programa onírico dinamizado por una conciencia alterada cuyas realidades no coinciden con los encantos del capital. Somos la enfermedad del realismo capitalista.

7. EL MALESTAR EN LAS PRÁCTICAS DE POLITIZACIÓN

El realismo capitalista tiene una prolongación a nivel subjetivo que podríamos llamar realismo fármaco-terapéutico. Hablamos de una percepción inconsciente y una serie de hábitos cotidianos según los cuales no hay alternativas a la “solución individual” de los problemas colectivos. La “privatización del estrés” es un aparato de captura destinado a psicologizar, medicar y mercantilizar los malestares que el capitalismo

produce (Fisher, 2020). Se trata de una individualización del sufrimiento tendiente a responsabilizar a las personas y, con ello, a invisibilizar las estructuras sistémicas generadoras de ansiedad, agotamiento o depresión. Fisher, por contraposición, realiza un llamado insurgente a “politizar el malestar”, resignificando el carácter impersonal de los problemas de salud mental. La tarea sería reapropiarse de la negatividad de los sentimientos de bronca, odio, resentimiento e indignación, redirigiendo la fuerza ambigua del malestar contra los regímenes de opresión.

¿Qué sucede con la politización del malestar cuando son las derechas radicalizadas aquellas que sintonizan con la desesperación y la rabia? El malestar constituye un territorio íntimo y común, personal y estructural, pero su politización no es solo una práctica izquierdista o emancipatoria. De hecho, hoy las nuevas derechas politizan el malestar de una manera que proponemos llamar “reactiva”. Reactiva en la medida en que no se orientan a revertir desigualdades, emanciparnos de la colonización y cuestionar la explotación y la precariedad, sino que refuerzan el sistema injusto y decadente que dicen cuestionar. ¿Y si en lugar de repetir hasta el cansancio la consigna sobre la politización del malestar abrimos una conversación sincera en torno a los malestares en nuestras prácticas culturales y políticas? ¿Cómo conectar con la desesperación de los otros sin poner en juego la propia desesperación?

Los malestares configuran zonas resbaladizas y porosas. Conflictivas. No siempre funcionan como la chispa anímica de la rebeldía, la movilización callejera, el pensamiento radical o la organización colectiva; muchas veces, aunque cueste asumirlo, el malestar es una energía pegajosa que empioja los vínculos, aísla a las personas, rompe los grupos, nos inhibe. Si queremos ser capaces de comprender los canales confusos mediante los cuales las derechas conectan con la desesperanza y la humillación de las mayorías, tal vez podamos comenzar por interrogar las funciones ambivalentes de los malestares en el seno de nuestras prácticas de politización. ¿A partir de articular esos malestares distintos y desiguales es posible constituir un punto de vista crítico frente a las lógicas sociales de producción del sufrimiento?

8. “DERECHIZACIÓN” DEL RESENTIMIENTO DE CLASE

“El resentimiento es la fuerza que se rehúsa a dejar que las heridas sanen, que recuerda las viejas derrotas para algún día poder vengarse”, plantea Owen Hatherley en un pasaje oportunamente citado por Fisher (2018, p. 273) en el anteúltimo capítulo de *Los fantasmas de mi vida*. Fisher nos dice que el resentimiento es un afecto mucho más marxista que los celos o la envidia, porque no alberga el deseo por obtener las cualidades del otro. Es un sentimiento cargado de conflictividad, la emoción de lo negativo. Hay un potencial antisistema en el resentimiento. Por este motivo, Fisher lo presenta como un posible punto de partida para recobrar la conciencia de clase, una premisa cognitiva para restituir el odio contra nuestros enemigos. El resentimiento, según Fisher, es crucial para reapropiarnos de las fuerzas vulnerables del malestar extraviado en las fauces identificatorias del capital.

En sus últimas clases, sin embargo, Fisher nos advierte que la derecha ha logrado desviar aquel afecto de su curso, volcándolo, ya no contra los más ricos, sino contra los sectores más postergados de la propia clase (racializados y feminizados). Así, se construye una especie de “anti-solidaridad”, una forma de “anti-conciencia”, que se resume en el resentimiento con los de abajo, y en la envidia y la identificación con los de arriba. La clase, como perspectiva antagonista, deja de ser una experiencia de daño y lucha compartida para ser un lastre, un estigma que se interpone entre el individuo y el éxito; un vacío a colmar entre la vida y los imperativos de competencia, productividad y rendimiento del mercado. Un grito mudo. De manera semejante, el rechazo del trabajo ya no es lo que era: una contraseña de sabotaje y cooperación, una libido contestataria y un odio colectivo contra la explotación. Y, en consecuencia, el heroísmo deja paso al victimismo, donde el orgullo se vuelve vergüenza y el odio se transfigura en envidia. La serpiente del realismo capitalista, en función de convertir el estallido colectivo de lo negativo en implosión individual, se apoya entonces en figuras que operan como chivo expiatorio para una subjetividad victimizada. Resentimiento contra los vagos, las feministas, los planeros, la casta de privilegiados.

Pero hay un plano afectivo, una economía libidinal, que la categoría ideologizada de “derechización” no permite captar. ¿El malestar puede derechizarse o izquierdizarse? ¿Las nuevas derechas hablan el lenguaje de estas pasiones oscuras, ofician de traductores de estos afectos amargos y contradictorios? ¿Los sentimientos ásperos con los cuales las derechas sintonizan podrían ser canalizados junto a una lengua emancipatoria? ¿Se trata de pasiones “disponibles” y “flotantes” para cualquier política? ¿La configuración actual de las emociones de resentimiento, humillación o venganza son neutras o, muy por el contrario, tienen una orientación en el mundo precodificada por tecnologías de todo tipo? ¿Qué nuevas figuras de contacto entre desesperados y sintomáticos podemos inventar, siempre y cuando entendamos que el problema no es tan sencillo como montar una escena de representación alternativa?

Fisher nos convoca a (re)introducir “una nueva figura del parásito”, una (no tan) “nueva figura de odio” y a “convertir la desafección privatizada en ira politizada”. En el archivo vivo de nuestros espectros, el odio de clase siempre fue una pulsión subversiva, una preconditione experiencial de la contraviolencia, una energía ambivalente que no podemos esconder si realmente vamos a pelear por una alternativa. A fin de cuentas, sin deseo y sin odio no puede ganarse una lucha. El odio libera, porque no hay amistad sin enemistad: es una chispa para enfrentarse al amor cadavérico de los enamorados del capital, su democracia y su Estado.

9. DESEO Y RUPTURA

La política del deseo es el reverso de la política del malestar, en la medida en que el deseo de transformación suele toparse con adversidades, angustias inevitables y laberintos de todo tipo. ¿Cómo mantener la confianza y el entusiasmo cuando estas emociones bordean con la desesperación, el agobio y la pérdida? ¿Cómo seguir adelante a pesar de las derrotas? ¿Cómo salir de la dicotomía incruenta entre el optimismo y el pesimismo, sobre todo cuando ambos extremos están absortos en el desencanto, los fracasos, las repeticiones y la decepción? Estamos quemados y descreídos. Inseguros. Pero, sin embargo, algo en nosotros

insiste y persiste a pesar de todo. El último libro de Fisher (2024) puede ayudarnos en este punto. Retoma una intuición plasmada en el apéndice de *Realismo capitalista*, titulado justamente “Deseo postcapitalista”. La cerrazón hilarante del horizonte de lo posible no solo encuentra en los fantasmas del futuro y del presente (la “hauntología”) las escapatorias de la vida-mercado, sino que en la opacidad del deseo laten restos y excesos que es preciso explorar.

Fisher sabe que la disputa no puede reducirse a la conciencia, el interés, la razón o la argumentación discursiva. La política reducida a un hecho comunicacional, sea bajo la forma de campañas de concientización o la pedagogía de masas, no llega a interferir en nuestra inserción a nivel del deseo en la picadora de carne del capitalismo. Porque hasta cuando soñamos y deseamos y lloramos reproducimos el capital en un plano inconsciente. Actuamos y pensamos con aquello que desconocemos de nosotros mismos. El marxismo libidinal desarrollado en las últimas clases del profesor Fisher, no obstante, deja preguntas inconclusas para repensar los problemas de la transición y de la ruptura social y psíquica con el capital.

¿Hay deseo por fuera del capital? ¿El deseo es estructura o agencia? ¿Nuestras estrategias deben basarse en resistir desde los restos deseantes no subsumidos del todo por el capital? ¿O es necesario disputar los excesos pulsionales que el capitalismo produce y no puede controlar? ¿Decrecionismo del deseo o aceleracionismo libidinal? ¿El deseo por las mercancías y la pulsión del consumo son idénticos al deseo de capitalismo? ¿Cómo pensar el genuino deseo de “guita” sin moralizarlo? ¿Es posible redirigir la energía generada en el seno del capitalismo hacia un horizonte poscapitalista? ¿Podemos imaginar y producir nuevas formas de deseo? ¿Cómo hacerlo sin restituir la potencia cognitiva de las categorías de la enemistad y el enfrentamiento? ¿Cómo hacerlo sin discutir la infraestructura material, digital y tecnológica en la que estamos inmersos? La transición hacia una sociedad postcapitalista no es un salto en el vacío o una conversión religiosa: requiere producir un desgarramiento subjetivo a nivel del deseo y la subjetividad, inseparable de los problemas políticos de la praxis anticapitalista.

La transformación libidinal de las personas y los grupos no es un camino sencillo. Conlleva conflictos y complicaciones, desencuentros y fragilidades. Riesgos y miedo. ¿Es posible pensar la ruptura subjetiva con el deseo del capital sin pensar asimismo en las violencias y rispideces que esto conlleva en el plano concreto de nuestras vidas? ¿Qué estructuras de cuidados alojan nuestras debilidades y temores en el camino del desgarramiento libidinal respecto de la existencia capitalista? ¿La ruptura libidinal es separable de la ruptura política, es decir de los problemas de la guerra y la violencia? ¿La ruptura libidinal y política es separable de una experiencia cotidiana de fiesta y desmesura, de prudencia y experimentación? ¿Qué imágenes de felicidad subversiva y disfrute colectivo proponemos las izquierdas? ¿Cómo politizar el bienestar, cortando el invisible cordón umbilical que nos ata a la ley del valor?

Con esos interrogantes pendientes, Fisher nos deja vibrando al ritmo de sus obsesiones por la promesa latente que dejó la fusión fallida (interrompida decimos nosotros) entre la contracultura, la clase antagonista y la izquierda revolucionaria. Como si viniera a saldar una deuda por haber dejado inconcluso su *Comunismo ácido*, hoy vuelve a plantearnos una serie de preguntas para pensar el mundo más allá del capital. Tal es así que cuando la locura derechista de los libertarios se cierne sobre nosotros, la locura marxista de Fisher puede ser una aliada para desarmar la máquina libidinal del capital y construir laboratorios de utopías que permita reconciliar el comunismo con el deseo. Si soñamos con una revolución social y psíquica de magnitud casi inconcebible, debemos romper con el conformismo inercial del realismo capitalista y mirar de frente los desafíos de la ruptura subjetiva y sistémica. “Todo esto puede hacerse, y una vez que ocurra ¿Quién sabe qué es posible?” (Fisher, 2018, p.283).

REFERENCIAS

- Fisher, M. (2018). *Los fantasmas de mi vida. Escritos sobre depresión, hauntología y futuros perdidos*. Caja Negra
- Fisher, M. (2020). *Realismo capitalista ¿No hay alternativa?* Caja Negra.
- Fisher, M. (2021). Comunismo ácido. Introducción inconclusa. En Fisher, M., *K-punk. Volumen 3. Escritos reunidos e inéditos (Reflexiones, Comunismo ácido y entrevistas)*. Caja Negra.
- Fisher, M. (2024). *Deseo postcapitalista. Las últimas clases*. Caja Negra.
- Gramsci, A. (2009). Análisis de las situaciones. Correlaciones de fuerza. En Gramsci, A., *Antología*. Siglo XXI editores.
- Lazzarato, M. (2022). *Guerra o revolución. Porque la paz no es una alternativa*. Tinta Limón Ediciones.
- Rozitchner, L. (2011). *Acerca de la derrota y de los vencidos*. Quadrata.

Recepción del artículo: 28 de junio de 2024.

Aprobación para su publicación: 15 de agosto de 2024.